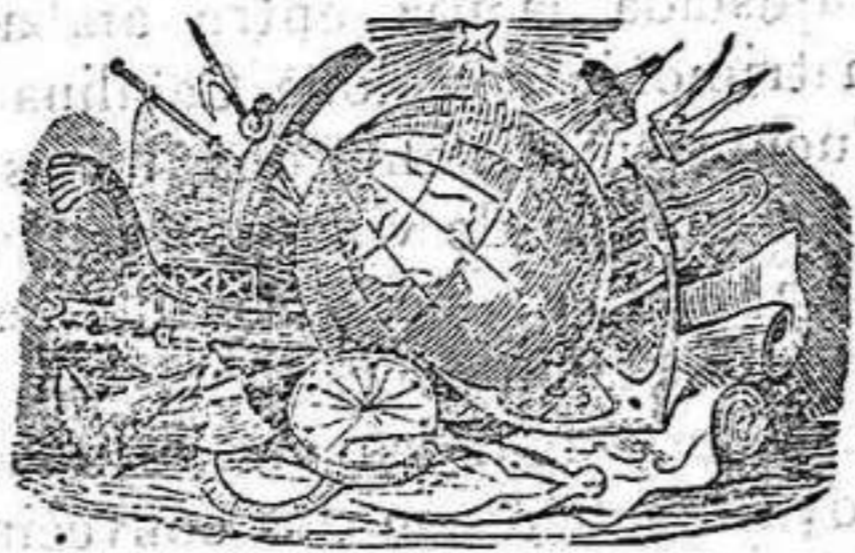


ANIMACION
 DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 25 DE ABRIL DE 1843.

Neerología.

Don Juan Martin (el Empecinado*).

Entre los muchos héroes que produjo la España cuando el Alejandro de este siglo quiso apoderarse traidoramente de nuestro hermoso suelo, merece un lugar distinguido el hombre cuyas hazañas intentamos bosquejar.

Animado del espíritu guerrero, que mas tarde habia de proporcionar tantos dias de gloria á la independendia y libertad española, sentó plaza de soldado en el año de 1792 contrariando los deseos de sus padres Juan Martin y Luisa Diez, honrados labradores de la villa de Castrillo de Duero (partido

(*) Daban este apodo á los naturales de Castrillo de Duero que se avecin-
 daban en los pueblos comarcanos, del fango negrusco que llevan unos arroyos
 que pasan por aquel y al que dan el nombre de Pecina.

de Valladolid), donde nació el día 2 de setiembre de 1775. Libertado de este compromiso por sus padres, bajo el pretexto de su corta edad, se dedicó nuevamente con gran pesar suyo á manejar el arado, su primitiva ocupacion. La guerra que la España declaró á la Francia hizo revivir en él su amor por la gloria, y volvió á sentar plaza, muerto ya su padre, en el regimiento caballería de España; pero ajustada la paz entre ambas potencias, volvió á su pais, donde se unió en matrimonio con doña Catalina de la Fuente, avicinándose en la villa de Fuentecen, distante dos leguas de la de su nacimiento.

En este pueblo seguia el género de vida que dejamos indicado, cuando las matanzas del 2 de mayo en Madrid, acabaron de descorrer el velo con que los franceses habian tratado hasta entonces de cubrir sus proyectos de dominacion. Ardiendo en deseos de vengar las víctimas inmoladas y de liberrar á su patria del odiado yugo, se dedicó con dos convecinos suyos, á interceptar los correos franceses hasta que consiguió reunir otros once, y con ellos comenzó aquella serie de prodigios que al poco tiempo le adquirieron el insigne honor de que los franceses llamasen *empecinados* á todos los que en cualquier punto los vencian. En solos tres meses, aunque algo aumentada su partida, les causó la pérdida de mas de 800 hombres, y les hizo infinidad de presas, que entregaba á las autoridades, aunque las órdenes le autorizaban para disponer de todas ellas como aprehensor. Su celebridad se iba aumentando cada dia con estas hazañas y virtudes, y subió de punto cuando preso en el Burgo de Osma por los malos informes que de él habian dado á su general, y habiendo sus enemigos, que siempre los tiene el mérito, acordado entregarle á los franceses que tenian ganado al alcaide, rompió con sus propias manos las cadenas con que estaba asegurado, salió á recibir al alcaide y á sus satélites, y arrojando por la escalera á cuantos se atrevieron á acercársele, se abrió paso por medio de todos y consiguió ponerse en salvo.

Apenas libre, organizó una nueva partida y eligió para teatro de sus esfuerzos las provincias de Guadalajara, Segovia, Avila y Toledo.

Como desde esta época comenzó una serie de triunfos que seria difícil enumerar, referiremos algunos de ellos para que se pueda formar una idea de sus servicios á la independendia, y mas tarde á la libertad de su patria.

Con solos 150 infantes y 180 caballos, auxiliado de 100 escopeteros de la provincia de Sigüenza, derrotó á 500 infantes y 250 caballos franceses en las cuestras de Mirabueno, causándoles la pérdida de mas de la mitad de su fuerza, y recuperando el gran botin que habian hecho en aquella ciudad entrada á saco.

Rodeado de mas de 14,000 hombres que andaban en su persecucion, organizó dos batallones y aumentó su caballería hasta 250 caballos.

Siempre asustados los franceses al oír su nombre, intentaron deshacerse de un enemigo tan temible, y viendo que jamás lo conseguirian por la fuerza de las armas, trataron de ganarle con ofertas las mas lisongeras; pero la enérgica respuesta que dió á las proposiciones de Salas, intendente de Guadalajara, y del astuto general Hugo, les hizo perder las esperanzas de conseguir su intento por este medio.

En el Retortillo destruyó una columna de franceses que devastaba la provincia de Soria, por cuya accion la Regencia le espidió el título de brigadier de caballería de los ejércitos nacionales, atendiendo á sus servicios y modestia en no haber solicitado cosa alguna.

Entonces consiguió aumentar su division hasta 2,000 infantes y 500 caballos.

En 12 de marzo de 1811 se le autorizó para organizar una division de 10,000 hombres; y al poco tiempo, yendo en auxilio del general Duran que bloqueaba á Calatayud, derrotó en el camino una columna de 1500 franceses que iban á reforzar la guarnicion.

Indicada la retirada del rey José á Valencia, puso sitio y tomó á Guadalupe, haciendo prisionera su guarnicion el 15 de agosto. El 10 del mismo habia entrado en Madrid hasta la Puerta del Sol, acuchillando con solo 40 caballos á doble fuerza de la misma arma, y acudió en seguida con dos escuadrones á la accion de las Rozas.

En 22 de mayo libertó á la ciudad de Alcalá de Henares del saqueo con que la amenazaban 2,000 infantes y 500 caballos con dos piezas de artillería de grueso calibre, obligándoles á retirarse hasta S. Fernando por cuya brillante accion la ciudad acordó se erigiese en el campo de batalla una pirámide con una inscripcion para él sumamente honorífica.

Terminada la guerra de la independencia comenzó para él otra era nueva, si no menos gloriosa, no tan brillante, gracias á la ingratitud y á la injusticia.

Vuelto á España Fernando VII, y abolida por decreto de 4 de mayo de 1814 la Constitucion del Estado, se disolvió la quinta division del segundo ejército, y quedó con el simple mando del regimiento de caballería voluntarios de Guadalupe; mas habiendo tenido el valor de representar al rey en favor de la Constitucion del año 12, le atrajo el desagrado de Fernando, que le mandó de cuartel á Valladolid.

En esta ciudad permaneció olvidado y oscurecido hasta que en 1820 se puso al frente del movimiento liberal de Castilla la Vieja, de cuya provincia fué nombrado segundo cabo.

En enero de 1821 se le confirió el gobierno de Zamora y se le comisionó para la persecucion del cura Merino, á quien obligó á fuerza de derrotas á que se escondiese en las grutas de la Sierra, de donde no salió hasta fines de 1822.

Pocos dias antes de concluir con la faccion del cura, se le presentó en Aranda D. F. Mansilla, ofreciéndole de parte del rey que si se unia á Merino se le entregaria en el acto un millon para levantar gente y se le espediria el título de conde de Búrgos, pero rechazó con indignacion semejantes proposiciones. Sublevada la ciudad de Coria se presentó á su vista con los nacionales que quisieron seguirle, y la rindió en muy pocos dias.

En julio de 1822 corrió á Madrid á ofrecer sus servicios, y encargado del mando de una columna, derrotó en un solo encuentro una partida de facciosos que habia aparecido en tierra de Sigüenza.

Nombrado gefe de la caballería encargada de perseguir á la faccion de Besieres, consiguió enmendar la derrota que este habia causado al general Odali, y recuperar la artillería.

En abril de 1823 fué destinado á la persecucion de las facciones del cura Merino, Cuevillas y otros, que servian de vanguardia al ejército frances.

Levantada Cáceres en 13 de julio de 1823, se presentó delante de la poblacion, la que desoyendo sus prudentes amonestaciones, rompió el fuego contra su division, denostándole y llenándole de insultos. Entonces avisó á los sublevados la hora del asalto, y entrada la ciudad, perdonó los insultos, y contuvo á sus valientes, sin permitir se cometiese ninguna clase de excesos. Despues se retiró de órden del general Plasencia que mandaba en Estrema-

dura á la villa de S. Vicente de Alcántara, donde recibió la capitulación hecha por dicho general con el de los facciosos Laguna, en la cual estaban comprendidos él y su tropa.

De resultas de esta capitulación se retiraba al pueblo de su naturaleza, cuando sin respetar la licencia y pasaporte, fué acometido en el pueblo de Olmos por los realistas de Roa y sus inmediaciones, á cuyo pueblo lo llevaron atado á la cola del caballo de un capitán de realistas.

Después de sufrir los mas atroces insultos, se le puso en un inmundo calabozo, y permaneció incomunicado por espacio de once meses, hasta que fué sentenciado por el corregidor D. Domingo Fuentenebro, á quien en la guerra de la independencia habia salvado la vida.

Para dar una idea del proceso que se le formó, y del fin de este valiente y patriota español, cuyas hazañas hemos apuntado, concluiremos con las palabras que van al frente de su biografía, escrita por el autor de los *Personajes célebres del siglo XIX*: «Peleó por el Rey, por la independencia y por la Constitución, y murió en un afrentoso patíbulo.»



LOS CINCO RAMILLETES

del caballero Dorat.

(Conclusion.)

Sin duda, dijo Piron, todas las mugeres que te conocen aprecian en tí al autor de la *Declamacion*. Ignoran tus comedias, tus madrigales, tus cartas, todas tus obras. Es singular que solo las seduzca tu poema la *Declamacion*.

— ¿Y por qué es singular? ¿no es la *Declamacion* mi obra maestra? Por mi parte estoy de acuerdo con mis queridas.

— Sea enhorabuena, contestó Piron, que empezó á conocer se estaban burlando de él.

Con la mayor naturalidad, el caballero cogió los dos últimos ramilletes y aspiró su fragancia, y sentándose en seguida frente á su huésped, empezó á deshojar una por una las de un clavél, cuyas hojas llevadas por la dulce brisa que entraba por la ventana fueron á caer en el vaso de Piron. Este cuadro que apenas borreamos era digno de un pintor de aguadas. En primer término, Dorat, con los ojos entreabiertos, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, lanzando de cuando en cuando una ojeada oblicua para observar si Piron le miraba: En segundo término el autor de la *Metromania*, moviendo los ojos á la manera de un pacho que olfatea la casa, y embutiendo en sus narices enormes polvos de rapé. Habia en aquellas dos actitudes, en aquellas dos fisonomías, en la lucha de la fatuidad sincera y la incredulidad irónica un contraste digno del mas ejercitado pincel.

— Estoy esperando dijo Piron, que me cuentes las dos historias. No te hagas de rogar. Primero la de la camelia. ¿Cómo la llamas? es blanca ó morena, alta ó baja?

— Cómo quieres que adivine á la simple vista de un ramillete el nombre de la que me lo envía? Aunque bien considerado, tienes razon: las mugeres se descubren en la eleccion de los colores que adoptan, en las flores que mas aprecian, en la música que mas les agrada y en los pájaros que prefieren.

— Ellas prefieren los gurripatos, interrumpió Piron.

— Apostaria, continuó Dorat sin hacer caso de la intempestiva interrupcion de su interlocutor, que la camelia blanca, es don de la presidenta. Una muger singular, añadió sin levantar la vista y como si hablara consigo mismo: muger que hasta ahora solo habia amado á Dios, á la Virgen Santísima y á los ángeles: una devota en toda la estension del término, que desde el confín de su provincia no habia soñado otra felicidad, que una silla en la iglesia en este mundo, y un rincon del paraíso en el otro. ¡Lo que puede el destino! Su marido viene á Paris á pretender, y se le ocurre traer á su muger....

— Basta, basta interrumpió Piron: es Tisbe: la he sacado por la pinta; miradas discretas, aire tímido... no es eso? Veamos como llamas á la del *No me olvides*: píntame el número cuatro.

El caballero Dorat reconoció que no era justo resistir á tales instancias, y levantando la vista dijo con aire desembarazado.

— El número cuatro se llama Cloe; bajita, vivaracha, alegre, miradas provocativas, que siempre tiene una respuesta á tiempo, y á quien no agradan las conquistas sino por asalto. Yo no hubiera dado el último á no haber sido por el marido, boticario de la buena ciudad de Paris. Figúrate un hombre de cuatro pies, con voz atiplada y saltarin: una caricatura del dominio de Moliere. Te juró, bajo mi palabra de honor que he embestido á la muger para reirme del marido.

Piron habia escuchado este discurso sin pestañear, pero formulando en su interior un apóstrofe que decia:

— A fé mia, que si mientes, por Apolo patron de los poetas, que mientes á la perfeccion. Tu semblante se halla de acuerdo con tus palabras, y tal vez tú mismo crees las mentiras que te forjas, porque indudablemente son embustes. En seguida añadió en alta voz:

— Ya solo tenemos que esperar el número cinco, y me figuro que no hará aguardar mucho tiempo, pues hete aqui que llega.

El sonido de la campanilla justificaba al parecer la opinion de Piron: impaciente levantóse para abrir la puerta, pero se engañó. En vez de la ramilleteira se presentó un actor de la comedia francesa, quien despues de saludar á ambos poetas, pidió á Dorat un momento de conversacion particular. Se trataba de hacer varias correcciones que el cómico exigia, antes de tomar á su cargo el desempeño de una comedia que iba á repartirse.

— Dispénsame que te deje solo, dijo Dorat á Piron entrando con el cómico en su alcoba.

— Estás dispensado, contestó Piron, sorviendo un enorme polvo, que tenia, como todos su significacion particular.

La de este queria decir:

— Me alegro mucho que me dejes solo: si la ramilleteira vuelve á la carga, la recibiré, observaré, preguntaré y muy caro te habrá costado el secreto, si no arranco la explicacion del diluvio de flores con que me has regalado durante la mañana.

Terminado este razonamiento fué á situarse al lado de la puerta que el cómico dejó abierta al entrar, y con la cabeza inclinada hácia la escalera, abrazando con una mirada los cinco pisos que se perdian en espiral bajo sus pies, esperó con la ansiedad de un centinela que vé moverse entre las sombras un objeto misterioso, que se presentará el enemigo.

III.

Despues de algunos instantes sintió pasos en la escalera el roce de un guardapiés sobre los escalones.

- Atencion! exclamó retirando la cabeza: ya tenemos al enemigo en campaña.

El enemigo, como se deja conocer, era la ramilletera. Piron la recibió en el umbral de la puerta, y vió con satisfaccion que traía un ramo de jacintos.

- La farsa, es completa: rosas, violetas, camelias, no me olvides, jacintos: nada falta; está lleno el azafate.

- Ha salido Mr. Dorat? preguntó la jóven dirigiendo una mirada al sillón que el poeta habia dejado vacío.

- Sí, dijo Piron con frialdad.

- Es posible!... pues si debia esperarme para recibir el quinto ramillete que le traigo.

- Pues ha salido, repitió Piron, fijando en la ramilletera una mirada, al observar el cambio repentino de sus facciones.

- Le esperaré.

- Tómelo vd. con despacio: porque mi amigo no volverá en todo el día.

- Seria una infamia! un robo! exclamó la muchacha.

- Chist! dijo Piron, que temia no oyera su amigo aquella esplosion de cólera: y poniendo la mano en la boca de la ramilletera añadió: confíame tu secreto: no dices que te han robado? habla!

- Quién me pagará mis ramilletes?...

- Pues que, no te los han pagado? y las señoras?

La ramilletera hizo un gesto espresivo que queria decir: no son malas señoras!...

Acaba, insistió Piron: dime cuanto ha pasado y te pago tus ramilletes: pero habla bajo, muy bajo.

Con la esperanza del próximo pago, la ramilletera respiró, y fijando sus ojos en los de Piron que brillaban con una maligna curiosidad.

- El hecho es, dijo, que yo estaba en mi puesto, cuando un señor se acercó, escogió cinco ramilletes y me dijo: yo me llamo el caballero Dorat: vivo en la calle Taranne, número 19; me llevarás estos cinco ramilletes uno por uno, y de cuarto en cuarto de hora, diciéndome: caballero, una señora me ha encargado que le entregue á vd. este ramillete. Despues de esta recomendacion, añadió muchas señas é instrucciones, me hizo repetir los nombres que deberia citar y me dictó las respuestas que deberia dar á las preguntas que se me hicieran: trazóme en fin, mi plan de conducta, ni mas ni ménos que si se tratara de una escena de comedia. Marchóse, dejándome sorprendida cuanto habia oído. Pero despues de haber reflexionado, me dije: yo no conozco á este Mr. Dorat: el pedido es considerable y no me lo ha pagado: ¿si será algun caballero de industria? Fuí á verme con el tendero de la esquina, y le pregunté si conocia al caballero Dorat. Sí, me respondió: es el autor del poema la *Declamacion*; ayer compré cuarenta ejemplares al peso.

- Y se le podrá fiar?
- Porque no? Sin embargo, yo no pondria las manos en el fuego... es un literato, un poeta, y nada mas.

- Por último, dijo Piron que habia escuchado este relato sin pestañear.

- Por último, continuó la ramilletera, me decidí á traer los ramos; y ya que los he traído, no saldré de aquí sin mi dinero.

En este momento, olvidando la recomendacion de Piron levantó de nuevo la voz, de modo que tuvo aquel que poner en práctica la medida coercitiva de que ya habia hecho uso, pronunciando ademas estas palabras.

- No grites, si quieres ser pagada.

Produjo la frase el efecto de un calmante. Calló la ramilletera y Piron se encolerizó á su vez. Encolerizarse no es el término exacto: experimentó aquel despecho que siente un hombre de talento, cuando conoce que le han tomado por mono.

- Ah! Dorat, cachorro mio! dijo entre dientes: has querido que sirva de Herald de tus glorias! Quieres que mi boca te proclame el benjamin de las damas! Quieres que vaya á contar al café Procope, que las hermosas te persiguen, que eres la segunda edicion de Cupido, y que existen real y efectivamente tus cinco queridas? Pues has echado la cuenta sin la huéspeda: voy á publicar que eres el mayor necio que hay sobre la tierra, y si me das de paillos, yo... yo te los haré devolver por mis amigos!

Mucha deberia ser la rabia de Piron para elevarse á la altura del valor. Al final del monólogo anterior, su fisonomia adquirió una espresion tal, que la ramilletera lo tubo por loco, y exclamó:

- Pero... y mi dinero?

- Ahora, contestó Piron haciendo con la mano el movimiento de osear una mosca importuna que zumba á los oidos. A poco, sus facciones se estremecieron de placer.

- Ah! caballerito mio: ¿queria vd. burlarse de mí? Veremos quien á quien. Tomó medio pliego de papel: escribió unos veinte renglones: lo dobló y cerró y dirigiéndose á la ramilletera, la dijo:

- Aquí tienes veinte libras por tus ramilletes, y un escudo que te regalo, con la condicion que llevarás esta carta al lugar que voy á indicarte. En la rinconada de la calle de la Ferronerie, hay una taberna donde se reunen los criados sin acomodo, truanes, vagabundos y rateros: entras en la casa y preguntas al tabernero por Gerónimo Pichut, alias Tranchelard; fácil te será reconocerlo; es vizco, tiene el pelo rojo y voz de perro dogo; le darás esta carta con los dos lises de oro que van adjuntos: ¿te conviene el partido?

La ramilletera por toda respuesta cogió el dinero y la carta.

- Pues no te detengas, corre. Y la empujó para que saliera con mas precipitacion.

Ya era tiempo, porque en el mismo instante salia Dorat de la alcoba con el cómico del teatro frances. Piron apretó la mano al actor al salir, y dijo con hipocresia á Dorat:

- Me parece que no volverán á incomodarnos, y por si alguno viene he dejado la puerta entreabierta: con eso no tendremos que levantarnos.

- Bien hecho.

Y ambos poetas, empezaron de nuevo á trasegar el vino de Beaune. Concluido el pastel, asaltaron el boudin á la Richelieu, y despues del boudin el jamon de Lorena. Piron tenia trazas de tomar un entripado, pues comia de

todo sin hartarse, dirigiendo maliciosas miradas á los cuatro ramilletes puestos en fila sobre la chimenea y diciendo para sí:

— Aun falta el ramille de los ramilletes: pronto vendrá.

En cuanto á Dorat, satisfecho por el resultado de su astucia y adormecido por el licor beaunes, había olvidado que le faltaba el número cinco.

Poco mas de media hora había transcurrido despues de la partida del actor, cuando la puerta fué empujada con violencia y se presentó á su vista un estrambótico personaje cuya catadura y vestido eran á la vez grotescas y amenazadoras.

Era uno de esos tipos escepcionales, que inventa cada siglo para su uso particular, y que al siglo siguiente reemplaza por otro tipo nuevo pero siempre escepcional. Llevaba un sombrero de fieltro muy puntiagudo, sombreado por una pluma negra que caía sobre el hombro: la casaca de paño, muy estrecha designaba una vigorosa musculatura; llevaba ceñido un cinturon de cuero, apretado con una hevilla y del cual colgaba un desmesurado espadon que le llegaba á los talones: bocabotín que le subía por cima de las rodillas, y botas con espuelas en proporcion con la espada, completaban el atavío del perdonavidas. Tenía los ojos torcidos, el pelo cortado á cepillo como los truantes de la corte de Carlos IX, la nariz larga y sepultada en la espesura de un toscote, que recorriendo la curva de los labios, se elevaba en retorcidas puntas hasta los ojos en forma de tirabuzon, los labios partidos de un sablazo, los dientes sucios y ennegrecidos por el humo del tabaco, y las orejas largas y velludas. Este bello ideal de los valentones, era algo menos que un oficial de fortuna, y algo mas que un maton.

— Cuál de los dos se llama el caballero Dorat? preguntó el recién entrado con voz de trueno y dirigiendo á ambos poetas una desdeñosa mirada:

— Yo soy, caballero, contestó Dorat levantándose, para lo que vd. guste mandar.

— Para lo que guste mandar! contestó el matachin mirando al caballero, y acompañando estas palabras con una cáfila de interjecciones... Vaya en gracia! Yo me llamo Tortícolo, ¿está vd.? he nacido en Córcega, y soy capitán del regimiento de Subisa... ¿Me ha entendido vd.?

Seria imposible pintar las sensaciones multiplicadas y complexas que expresaron las facciones del caballero Dorat al oír estas palabras: procuró penetrar en el fondo de la fisonomía de aquel demonio que le miraba cara á cara, puesta la mano en la guarnicion del espadon: pero nada mas vió que unos ojos amenazadores, un espeso vigote y una boca que no ofrecia síntomas de risa.

Volvióse hácia Piron, que conservando la mayor sangre fria, escuchaba ó parecia escuchar admirado, dejando caer el tenedor y suspendiendo el desayuno. Fuele preciso al caballero Dorat aceptar la aventura tal como se le presentaba, y se decidió á responder al capitán del regimiento de Subisa en estos términos:

— Que vd. se llame Tortícolo y que sea capitán del regimiento de Subisa, no me explica el motivo de su visita.

— En lo que dice mi amigo tiene razon, añadió Piron levantándose.

— Silencio! exclamó el capitán, dirigiendo al último una mirada terrible.

— Métase vd. en sus negocios, si no quiere vd. salir por la ventana.—Con usted es mi pleito, caballero, añadió volviéndose á Dorat. Muy duro de cabeza debe vd. ser para no comprenderme, y ganas me vienen de tirarle de las

orejas para ampliarle las entendederas. ¿Quiere vd. que recordando los hechos renueve mis heridas? Pues bien, sea.

Yo soy un marido, y por vd... por vd. soy un verdadero marido. Pero no crea vd. que yo consienta que me roben impunemente el corazón de mi mujer, después de haberla traído desde el sitio de Mahon: no por san Cosme! Lo veremos!

Delicada era la posición de Mr. Dorat: ó tenía que creer como realidades las mentiras que él mismo había forjado, ó confesarse víctima de una burla. El caballero se fijó en esta opinión. Pero quién era el autor? Aquí empezaban de nuevo las dudas. Había referido á distintas personas, además de Piron la historia del capitán, del primo, del presidente, del boticario: para sostener su reputación de hombre de buena estrella, forjaba cada mes nuevas historias, y las que hemos referido eran las que correspondían al mes actual. Por manera que el autor de la broma podía ser otro que Piron, máxime militando en favor de estas consideraciones de importancia. En un cuarto de hora que había estado solo y sin moverse de la estancia, ¿cómo había de haber dispuesto la intriga y preparado los medios de ejecución? Según todas las probabilidades Piron era inocente.

Pero qué partido debería tomar? ¿Proclamar la impostura y arrojar al capitán por la escalera? Esto sería confesarse embustero y entregarse sin defensa al sarcasmo y al ridículo. Para salvar su honor en presencia de su amigo, el caballero reflexionó que lo mejor era sostener su papel hasta el último extremo: haciendo una cortesía al capitán, le dijo con calma.

— Por las esplicaciones de vd. comprendo lo que desea; estoy á las órdenes de usted.

— Me alegro... ¡Canario! Veo que vd. es un valiente... pero tenga vd. entendido que si no se defiende bien, le meteré seis pulgadas de acero en el pecho. ¿Dónde nos batiremos?

— Donde vd. guste.

— Pues dentro de una hora, en la puerta Muette.

— Corriente.

— Adios, señor caballero Dorat.

— Beso á vd. la mano señor capitán Tortícolo.

Este salió como había entrado, retorciéndose el vigote y acariciando el puño de la espada. Se hallaba en el piso segundo, y aun se oía el ruido producido por sus botas y largos espolones.

IV.

Después de la partida del capitán, ambos poetas guardaron silencio por un rato; Dorat ocupado en discurrir quien sería el autor de la broma, y Piron satisfecho del resultado de su astucia y diciendo entre sí:

— Perfectamente! Mr. Dorat se dejará ahorcar antes que confesarme la mentira, y de este modo el chasco irá adelante hasta el fin. — En buen berengenal te hallas metido, dijo en voz alta dirigiéndose á Dorat: ¿sabes que el oficio de cortejante tiene también sus quiebras?

— Como ha de ser! contestó el caballero mordiendo de despecho la punta de la servilleta: á cada uno le tocará su vez.

— Lo dices por ese estafermo que se produce con tanta insolencia, y habla del sitio de Mahon sin haber estado quizá? Harás bien en escarmentarle; pero

si antes de ir á la cita quisieras repasar tus principios de esgrima... Mira, yo te serviré de muralla y podrás darme botonazos á tu placer.

Estas últimas palabras disonaron á Dorat, quien creyó descubrir en ellas un sentido irónico: así que se limitó á contestar con sequedad.

— Gracias! no es menester.

Pero en aquel momento, su vista que buscaba la de Piron se fijó en un personaje que se habia deslizado con tanta suavidad, que el ruido de sus pasos no pudo revelar su presencia. Era un jóven de veinte á veinte y dos años, rubio, colorado y fresco como una muchacha, aunque llevaba uniforme de mosquetero: se asemejaba mas bien á un paje de alcoba ó á un querubín de amor que á un inatasetes ó á un mariscal de Francia. Sus empolvados cabellos, delicada cintura y cordedad de genio, indicaban á primera vista un jóven de buena familia, cuya espada no era todavía mas que un adorno á sus ojos.

— Tengo el honor de saludar al autor del poema la *Declamacion*, dijo inclinándose hácia Dorat con voz suave y atiplada. Ya he tenido la satisfaccion de haberle visto en algunas sociedades y me debe el concepto de hombre de talento.

Dorat miró con atencion á su interlocutor; pero apesar de mil esfuerzos le fué imposible aplicar un nombre á aquella fisonomía.

— Nada tiene de extraño, que Mr. Dorat no me reconozca, respondió el jóven oficial: en los salones donde la multitud se agrupa, las medianías se confunden y solo brillan las notabilidades. Yo he podido observar á vd.: pero no merezco igual atencion de su parte. Además, que aun antes de ver á vd. ya le conocia de nombre: sabia que habia llevado mi mismo uniforme y portádose siempre como valiente y atento mosquetero. Por lo mismo siento que no sea otro el motivo que me impele á esta visita.

— Y caal es ese motivo, caballero? interrumpió Dorat cuya impaciencia no podia contenerse.

— Vengo á suplicar á Mr. Dorat que tenga la bondad de elegir lugar, armas y hora para una explicacion.

— Tambien este! murmuró Dorat entre dientes.

— ¿Acaso tendré la desgracia de no haber sido el primero? Mucho lo sentiré, mucho, respondió el jóven; porque si otro que yo le atraviesa á vd. con su espada, me moriré de dolor. Tenia una prima, caballero, añadió dirigiéndose á Piron, como para tomarle por testigo de su angustia: mi prima era hermosa, jóven, rica y viudá... le amaba y creo que me correspondia. Ya estaba todo dispuesto para nuestro matrimonio, contratos firmados, fijado el dia, y el placer me tenia fuera de mí, cuando ¡fatal destino! mi prima encuentra á Mr. Dorat, y todo se descompuso. Adios matrimonio, adios amor, adios sueños é ilusiones, placeres y porvenir!.. Un hombre no puede sufrir tanto ultrage sin exigir una reparacion de sangre que lave su afrenta. Por lo tanto, creo que el caballero Dorat tendrá la bondad de concederme la satisfaccion que le pido.

— Vaya vd. con dos mil demonios! gritó Dorat, exasperado por la sangre fria del mosquetero, y arrastrado por el despecho mas allá de los límites diplomáticos al que se habia concretado.

— ¿Con que vd. rehusa un lance de honor? dijo el jóven con mas altanería de la que habia mostrado hasta entonces.

— No digo tal precisamente, respondió Dorat: que al dirigir una mirada á Piron y viéndole impasible, se habia situado en su antiguo terreno.

— Entonces ¿á qué hora y en qué parage tendré el honor de encontrar al caballero Dorat?

— Dentro de dos horas, en la puerta Maillot. Beso á vd. la mano.

Estas últimas palabras las pronunció con la vivacidad y mal humor de un hombre, que viéndose martirizado desea concluir cuanto antes. El jóven mosquetero le hizo una graciosa reverencia al retirarse, diciéndole con voz suave:

— Pero es posible, Mr. Dorat, que el domador de las hermosas de la corte y de la ciudad, no haya podido dejarme á mi prima? Que podia importarle á vd. un corazon mas ó menos?

Hubo un momento de silencio. Piron fué el primero á interrumpirle.

— Está decidido, exclamó, que debes purgar hoy todas tus aventuras amorosas: á desafío por ramillete.

Dorat estaba tan trastornado que no oyó esta reflexion y hasta olvidó cerrar la puerta que el mosquetero dejó abierta al salir. Gruesas gotas de sudor corrian por sus mejillas, atravesaba á zancajadas su gabinete, reclinaba los dientes y hacia los mayores esfuerzos para retener las maldiciones que á pesar suyo se le escapaban.

— ¡Como llegue á descubrir al autor de esta infame comedia, como lo descubra!... no le daré de palos, no: es poco castigo, le mataré, le despedazaré con las uñas y con los dientes. Infame!.. malvado!.. verdugo!..

— Cálmate, tranquilízate, amigo mio, le decia Piron: vas á enfermar; y si no mueres de una estocada te acabará una inflamacion de pecho.

Dorat no respondia nada: continuaba paseándose con precipitacion de un extremo á otro de su cuarto, cuando á la tercera vuelta se vió frente á frente, no con uno sino con tres nuevos personajes que habian entrado al mismo tiempo y colocádose en fila.

El primero era seco, huesoso, rostro macilento y tez morena: llevaba frac negro, calzon negro, medias negras, chaleco negro, peluca negra: todo él era negro de los pies á la cabeza.

El segundo alzaria cuatro pies y cuatro pulgadas cuando más: sus formas, sumamente pequeñas, tenian toda la flexibilidad de la goma elástica, y su busto colocado sobre dos piernas sin pantorrillas se asemejaba á un ovillo de algodón sostenido por dos agujas. Y como si tratára de hacer resaltar la flaqueza de un cuerpo sin superficie y de un perfil sin contornos, á la ropa que le cubria le sobraba de ancho el doble de lo que á su cuerpo faltaba, y se componia, primero: de una poblada peluca de bucles, bajo la cual desaparecian casi del todo la frente que se asemejaba á la décima parte de un cuarto de luna, y dos ojos apagados y mustios, como los de un mochuelo. Segundo: un frac gris de anchos faldones, cortados en cuadro por detras, y á los que si hubieran dejado toda su latitud pudieran compararse con dos velas latinas: tercero y último, un par de sacos con infundadas pretensiones de calzones y sugetos por cima de la rodilla.

Con este equipage el hombrecillo ofrecia la cara mas estraña que puede darse, inclusa la de las caricaturas inglesas: era un chiquillo envuelto en el lebiton de su abuelo, ó una cáscara de nuez nadando en un agitado estanque.

En cuanto al tercer personaje, la única particularidad que se notaba en él era no tener ninguna. Ni era feo ni bonito: su ropa ni era ancha ni estrecha: pudiera calificársele de mercader, escribiente ó empleado.

Antes que Dorat hubiera podido examinar los tres nuevos personajes, le dijo el primero.

— Desde tiempo inmemorial, es conocida mi familia en la magistratura: todos los d'Haubazac, han nacido en el Perigord y vestido la toga de padres en hijos. El rey Luis XIII concedió á mi abuelo cartas de nobleza: mi padre fué canciller, y primo por casamiento, de Mr. Colbert. Yo tambien soy presidente, y solo espero la hora.

Despues de una ligera pausa durante la cual la irritacion de Dorat se comprimia con trabajo mientras Piron ahogaba una carcajada, el presidente continuó asi:

— Mi muger, caballero, es de muy buena familia de Gascuña, y cuenta entre sus abuelos un marques y seis barones. Una de sus primas tiene asiento en la corte, y Madama de Pompadour es casi su sitia. Siendo esto asi, como lo es, no debe vd. estrañar...

— ¿El qué? interrumpió Dorat: se trata de un desafio? acepto. Está dicho: ¿qué hace vd. aquí?

— Un desafio!.. ¿Qué está vd. diciendo? contestó el presidente con un tono de soberbia indignacion. No señor: la toga no se bate. El parlamento no es duelista; pero entablaré un buen pleito contra vd. y tendré de mi parte á todos los jueces; porque defendiendo mi honor, defiende el de todo el cuerpo; y vd. aprenderá á su costa, señor perturbador de matrimonios, lo que vale la virtud de una presidenta.

Terminado este alegato, el presidente saludó á Dorat con gravedad, y se marchó á pasos contados.

— Ahora me toca á mí, dijo con voz nasal el hombrecillo cuyo retrato hemos bosquejado. Nuestra conversacion no será larga.

Con efecto; en vez de exordio, cerró los puños, y acercándolos á las narices de Mr. Dorat, exclamó con rabia concentrada.

— Elija vd.!

Esta pantomina singular, cuyo resultado era difícil de preveer, acabó de exasperar á Dorat.

— ¿Qué he de elegir? gritó separando los dos puños del hombrecillo.

— En una mano tengo una píldora envenenada, y en la otra, otra que no lo está. Elija vd... y Dios tenga compasion de su alma si elige mal. ¿Qué quiere vd? añadió mientras que Mr. Dorat luchaba con su furor; cada cual venga su honor á su manera: yo no manejo espadas ni pistolas: mil píldoras son mis armas... soy boticario.

Dorat dió un salto para coger el baston de que hemos hablado al principio de esta historia: pero la voz de Piron que le recomendaba calma y sangre fria, le contuvo aun.

— ¿Y vd. qué es lo que me quiere? preguntó al que no habia explicado el motivo de su visita.

— Vengo á pedirle á vd. una satisfaccion.

— ¿De qué?

— De los ultrages que vd. me ha hecho en la persona de mi muger.

— ¿Pero quién es vd.?

— Ah!.. eso es lo que yo no sé, y espero que vd. me lo diga. Vamos, despáchese vd. Mi muger es blanca ó morena, rubia ó pelinegra? Yo soy comerciante ó labrador? porque todo lo ignoro, todo absolutamente, solo sé que soy el número cinco.

Esta frase pronunciada con la mayor sangre fria, era la bomba con que terminan los castillos de fuegos artificiales.

Piron no pudo contenerse mas tiempo, y abriendo una boca descomunal, arrojó una risotada frenética que hizo retemblar los cristales en sus marcos.

— Ah! ¿con qué eres tú, miserable? gritó Dorat observando su desmesurada alegría... ¿Has perdido el miedo á los palos? Ahora lo veremos!

Cogió el baston y enderezándolo primero contra el boticario fingido y el marido anónimo.

— ¡Fuera canalla! exclamó: fuera! gritó con voz de trueno.

Esta enérgica demostracion produjo un rápido efecto. El marido anónimo dió á correr seguido del boticario, que en su fuga arrojó la peluca, dejando descubierta la cara mas interesante de pilluelo que ha trazado el lápiz de un dibujante.

— Ahora á tí! dijo á Piron despues de cerrar la puerta y levantando el baston.

Apesar de la amenaza, Piron no se desconcertó, y mirando fijamente á su antagonista le contestó:

— Pega si quieres; pero márame en el acto, porque si salgo de aquí con un soplo de vida, me haré conducir en litera al café Precope y alli contaré á toda la literatura reunida del siglo XVIII, la historia de los cinco ramillétes del caballero Dorat.

Esta amenaza hizo empalidecer al caballero: á pesar del furor que le animaba dejó caer el baston, y quedó pensativo, considerando que solo un asesinato podia libertarle de un ridículo eterno.

— ¿Y de qué te quejas? añadió Piron: tú has inventado las mugeres y yo los maridos; estamos en paz.

Dorat no respondió; se hallaba en la posicion de un estudiante sorprendido infraganti por el rector, y tenía demasiado orgullo para resignarse á solicitar el perdon.

— Vamos, sé amable; convídame á tomar café, y te ofrezco guardar silencio.

— Vamos á tomar café, respondió Dorat.

La leccion que acababa de recibir el caballero Dorat no produjo todos los buenos resultados que era de esperar. Hasta los últimos dias de su vida siguió siendo lo que era, fátuo y hablador. Diez años despues, leía á un amigo suyo un madrigal que habia compuesto el dia anterior, y que principiaba por este verso:

Pasó el tiempo de diez queridas!

— Diez! es demasiado y no lo creerán.

— Pues pongamos cinco, dijo Dorat despues de haber titubeado, y con el tono del que hace una amplia concesion.

Y el verso corregido y rebajado ha llegado á la posteridad. Por el anterior relato podemos atenernos á la exactitud de Mr. Dorat en este punto, y formar un cálculo sobre la veracidad de gran número de poetas en achaques de conquistas amorosas.



UN RECUERDO Á MI PATRIA.



Tierra hermosa, tierra hermosa,
dulce suelo en que nací,
de mi humilde y débil lira
acoge el canto que espira ;
que este canto es para tí.

De tí, cara patria, ausente
en mi solitario afán,
entre engañosas quimeras,
recordando tus riberas
mis días pasando van.

De fantásticos placeres
envuelto en el turbion

no encuentro gozo ni calma,
y un suspiro arroja el alma
y un latido el corazón,
Cual planta que transportada
léjos del suelo natal
se marchita, descolora
y mano acariciadora
solo acrecienta su mal.

Tu imágen, isla querida,
siempre está en mi mente, oh ! sí ;
como tú no ví ninguna,
en tu seno está mi cuna,
y un sepulcro hallaré en tí.

Oh ! cuán grato es del viento que brama
en tus montes el silvo escuchar ;

á su impulso se dobla la rama
y mugiente responde la mar.

La paviota de túrbida bruma
se debate graznando al través,
y en la roca bullente la espuma
agruparse en pirámides vé.

De la cresta del monte la nube
en variado oscilante feston
caprichosa estendiéndose sube
por la eterea insondable region.

De mil pliegues el astro sereno
va velando cual negro capuz,
y despide rasgándose el seno
á torrentes el agua y la luz.

Y los vientos se chocan, se oprimen
en horrisono bronco clamor ;
azotados los árboles gimen,
y en su tallo se dobla la flor.

Mas el austro con soplo impetuoso
los arrolla, los vence ; á su voz
se repliega el cendal tenebroso
y en los mares vá á hundirse veloz :

Cual guerrero que la alta barrera
salta ansioso retando á la vez
cien rivales, y en rauda carrera
los abate y arranca la prez.

Y de un sol mas brillante el espacio
en mil rayos se vé relucir,

cual flameante joyel de topacio
sobre un campo de terso zafir;

Y sacuden el húmedo manto
verde el árbol, ufana la flor,
puebla el aura de armónico canto
suave mirlo, loquaz rui señor.

Oh! cuán grato en la mansa ribera,
do mis años primeros pasé,
de las olas la voz plañidera
escuchara arrullando mi pié;

Y una hora pasara otra hora
contemplando flotante y sin fin
á este espejo, que ciñe y decora
horizonte de jalde y jazmin,

Aspirando de lánguida brisa
entre aromas el grato rumor,
cual de vírgen la blanda sonrisa
el acento primero de amor.

Dulce el alma se hundiera serena
en felice amoroso pensar,
cual tus muros, oh Palma, en la arena
que acaricia besando la mar.

Ciudad, llena de ilusiones,
de antiguas glorias y honor;
¿dónde están, do tus blasones?
¿los valerosos galeones
del argelino el terror?

Un dia rica, envidiada
hendijo un pueblo tus leyes;
del mundo fuiste acatada
porque era tuya tu espada,
porque eran tuyos tus reyes.

Ya á un monarca no das silla;
trocado ves tu blason,
y si en tus almenas brilla
una enseña, no Aragon
quien te la presta, es Castilla.

Ah! de aquellos infanzones,
dignos de gloria inmortal,
solo se ven en girones
los restos de sus pendones
en tu ojiva catedral.

De tus templos celebrados,
huellas de una edad gloriosa,
yacen unos olvidados,
los otros ay! mutilados
de su ser son mudá losa.

-Patria mia, ya no vés
sobre la tumba modesta

alzarse un viejo pavés:
en hora triste y funesta
lo hollaron indignos piés.

En vano una tumba honrada,
defendiendo con su espada
su patria el héroe ganó:
del tiempo fué respetada,
el hombre la profanó.

¿No oís una voz que zumba
por los ámbitos desiertos
del templo que se derrumba?
son los vivos que á los muertos
escarnecen en su tumba.

Ciudad bella, que en el mar
cual en un trono sentada
estás: el hijo de Agar
con razon tierra dorada
tu mansion solió nombrar.

Y en tu regazo embriagado
de delicias y placer,
de sus glorias olvidado
en tí del eden soñado
creyera un trasunto ver.

En la tierra eres un cielo,
eres un faro en la mar;

quien una vez vió tu suelo
no pudo sin desconsuelo
tus bordes abandonar.

Ah! quizá en su inmenso amor
compadeciendo el dolor
del hombre, dejarle quiso
del perdido Paraiso
bello resto en tí el Señor.

Una eterna primavera
tu monte, valle y pradera
pinta de hermoso matiz,
dó el claro sol reverbera
cual en pèrsico tapiz.

La brisa el aura embalsama
con soplo acariciador,
y en tus pensiles derrama
cien hojas en cada rama
y en cada hoja una flor.

El arroyo se desata
y cual un fleco de plata
brilla su mausa corriente
dondè gimiendo su frente
el triste sauce retrata.

Y en sus márgenes bordadas
de naranjos, de rosales,
blancas palmas inclinadas
bañan sus hojas doradas
en los sonoros cristales.

Cien naves mecen las olas
que rielan brisas del Sur,

y cual campo de amapolas
oscilan sus banderolas
bajo tu límpido azur.

Hinche el lino austro sonoro
hiende el mar sonante quilla,
que colma el rico tesoro
de tu seno, y con el oro
lo trueca en lejana Antilla.

Ya no hay continente, clama,
de Garay el grande invento:
y humosos copos derrama
burlando la mar que brama,
y la cólera del viento.

O ya á la industria contemplo,
en cada taller un templo
erigir para tu gloria
dando en las artes ejemplo,
cual lo dió tu antigua historia.

Hermoso tu porvenir
sea, oh patria! tan hermoso
cual tu cielo de zafir,
cual capullo que lucir
se ve en tu campo oloroso.

Y ya la suerte inconstante
te halague, ó cruda te ofenda,
hallarás en mí constante,
tierna una voz que te cante,
ó un brazo que te defienda.

P... y 12 diciembre de 1842.